
Creonte y Antígona
mantienen un diálogo de sordos,
con superávit de lenguas
y déficit de tímpanos.

De sus bocas surgen

borbotones de palabras;

pero apenas salidas contraen en el aire los más patógenos virus de la

incomunicación

y caen como aves-del-aliento
secas,
despellejadas,
sin sentido,
roto el cascarón que se abre
mostrando la osamenta del silencio.

El rey y la princesa discuten al borde del

abismo.

Ella pronto va a caer por el resbaloso terregal de la agonía y tendrá que rendir cuentas ante los jueces supremos del Erebo (Minos, Eaco y Radamanto), quienes, al insistir que



"El rey y la princesa discuten al borde del abismo"

Abismo II de Tato Moreno Gutiérrez

"hay que tratar igualmente a los iguales

y desigualmente a los desiguales en proporción a su desigualdad", llaman al orden al caos, al desbarajuste, al sinsetido, a lo que no tiene ni cabeza (para planear futuros) ni pies (para llevarlos a cabo).



"hay que tratar igualmente a los iguales y desigualmente a los desiguales en proporción a su desigualdad"

Pero él ignora

que, al castigar a Antígona,

va a sufrir el mayor dolor de su existencia

y que sus palabras grandilocuentes
-nacidas para cohabitar con el micrófonose volverán gemidos.



"palabras grandilocuentes nacidas para cohabitar con el micrófono"

Ismene, preocupada,
con una corona de dudas,
se entrevista nuevamente con Antígona.

Ya ha habido entre las dos

un desencuentro,

quizás una desavenencia:
ante la solicitud de Antígona
para que su hermana la ayudase
a dar sepultura a Polinices,
ella se había negado. Había dicho:
"entre mi persona y el cieno, querida,



"La locura no es mi negocio"

hay incompatibilidad de caracteres.

La locura no es mi negocio".

Pero Ismene no sabe qué hacer,

dónde ubicarse,

qué palabras tener listas debajo de la

lengua

para enfrentar al momento,

al vendaval de segundos,

al tirano en pie de cólera.

Quiere ser como su hermana,

sueña con seguirla,

y hasta llega a musitar:

"no me prives de la gloria de morir

contigo

y rendir tributo al muerto".

Se siente culpable de no haberse sentido culpable, de echar en saco roto

su responsabilidad.

Le echa la culpa

a su corazón,

a la forma imperfecta en que su valentía

fue educada.

Pero Antígona ya no le cree. La acusa de exaltar los decires,

amamantarlos con leche y miel,

y olvidar la acción.

Entre el dicho y el hecho tiende su tienda de campaña la cobardía.

La princesa habla con Ismene pero también consigo misma:

ayer aduje: "yo sola daré

sepultura al hermano de mi alma".

"Lo aduje y tú callaste".

Añade: "Tu escogiste vivir, yo preferí

morir".

Y de modo contundente:

"A ti te aprueba un mundo,

a mi otro".

La joven se va creciendo



"Entre el dicho y el hecho tiende su tienda de campaña la cobardía"

a medida que la tragedia llega a su plenitud

y entabla el duelo a primera muerte entre lo privado y lo público: afirma su femineidad

frente a los hombres, su autonomía frente al poder, su nobleza frente a una legislación tan andrajosa como criminal.

Ismene, conformista, sufre
del infantilismo de la dependencia,
de la "cordura" de aceptar las cosas
como son.

Creonte, en un principio, se imagina que ambas piensan en el fondo de igual manera y que sus sentimientos, con sus manos espirituales juntas, caminan al mismo compás

y con idéntico sentido de orientación.

De ahí sus palabras:

"estas dos chiquillas están locas, la una desde hace un momento, la otra desde que vino al mundo".

Ismene no las trae todas consigo.

Duda de Antígona, la cree exagerada, irracional, loca.

Pero la quiere y la respeta.

Y no sabe qué hacer con el alma frágil, menuda, medrosa

que esconde ella misma en sus adentros.

Desconfiando más aún del rey, que negaba a Polinices los servicios para acudir sin trámites al allende y tener a la mano la otra orilla, lo detesta,

le repugna,

y, con el puñal del odio a mano alzada, le predice que, con el decreto, ha de matar a Hemón, el novio de Antígona y su entrañable fruto. Ismene habría querido ser fiel a Antígona como las lágrimas nonatas de sus ojos

(compungidos, encinta)

lo eran a la pesada pesadumbre de su indecisión.

Pero no podía.

Aun estando llorosa, no podía.

Creonte, encaramado en su delirio,

y balbuciendo incoherencias,

preces de manicomio,

criaturas de una lengua enloquecida

por los atisbos del nudo en la garganta,

arguye: "para mis hijos no quiero mujeres malvadas".

¿Mujeres malvadas? ¿Antígona, mujer malvada?

¿Joven que tiene en lo oscurito



"criaturas de una lengua enloquecida"



"para mis hijos no quiero mujeres malvadas"

Detalles de desnudos en El jucio final de Martin de Vos

negociaciones con sus malos instintos? ¿Ismene, pese a tornar al redil de la obediencia y ser incluso perdonada por Creonte, es, por Dios, alguien ruin? Es cierto que su conducta difiere de la de Antígona; pero ella, que dubita, se exprime el corazón entre las manos y maldice las desorientaciones de su



"se exprime el corazón entre las manos"

Con el corazón en la mano de Gastonkun

brújula,

¿puede ser tratada así?

¿Quién tiene la razón: Creonte, que ve a su sobrino como un traidor que trajo hasta la inmediaciones de

Tebas

la amenaza foránea,
o Antígona que insiste
en que no han de olvidarse
los engaños de que fue víctima Polinices

(desdén a su primogenitura
y violación del acuerdo de la entrega
del trono en el tiempo convenido)?
Como el bien no está sólo en una parte
y el mal en otra,

como la izquierda y la derecha o el este y el oeste, los muertos deben ser tratados de acuerdo con la tradición.

Antígona desgañita su verdad
y toma en cuenta, no las "razones de
Estado",

las que se fraguan en la cúspide de la pirámide,



"a orillitas del cielo"

a orillitas del cielo,
sino las que coinciden "a ras de tierra"
con el amor fraterno y las costumbres
familiares.

El poder público no proporciona, no, el primer bocado de oxígeno

que saborean los pulmones del que nace, ni los picos de cigüeña de sus cuchillas cortan su cordón umbilical.



"ha hecho creer a algunos que iba por el lado del valiente desorden del incesto"

El gran amor de Antígona por Polinices, po ha hecho creer a algunos que iba por el lado del valiente desorden del incesto, lo cual no era imposible en una familia que heredaba sin menguar los "malos

pasos"-

Pero no. Su actitud amorosa
sólo se hallaba entretejida
con dicha apariencia,
no con el telón de fondo de la realidad.
Era un amor fraterno,
enclaustrado en su definición,
con el aire de la ternura golpeándole las
sienes